

José Rodríguez Carracido ante la historia de la Ciencia Española: Actitud spenceriana

ANGUSTIAS SÁNCHEZ-MOSCO SO HERMIDA
Universidad Complutense, Madrid

«La incidencia del período positivo en España ha permanecido en un nivel de olvido y soterramiento... habiendo contribuido en gran manera a desfigurar el auténtico proceso del pensamiento español de los últimos cien años».

Totalmente de acuerdo con esta opinión del profesor Diego Núñez autor de «La mentalidad positiva en España, desarrollo y crisis» (1) a cuya Introducción pertenecen estas palabras, hemos elegido a Carracido, farmacéutico del pasado siglo principios de éste (precisamente en los límites de tiempo en que el positivismo tiene su máxima influencia en España), que se definió en numerosas ocasiones como seguidor de Spencer y que, aunque su especialidad fuese la química (primero la orgánica, luego la biológica), tiene publicados numerosos trabajos en que estudia determinados hechos y momentos de la Ciencia Española con un criterio que nos atreveríamos a calificar de historicista.

Carracido como cualquier otro científico de su época estuvo sometido a una dura prueba de adaptación mental ante el cambio que las ideas y teorías científicas iban sufriendo: «Cada revolución científica modifica la perspectiva histórica de la comunidad que la experimenta» dice Thomas S. Kuhn en «La estructura de las revoluciones científicas» (2) y ciertamente que las modificaciones de perspectiva fueron notables. Tal hecho ha de influir necesariamente en la actitud filosófica que el científico adopte.

Actitud que, en el caso que nos ocupa, imprime su marca a la tota-

(1) NÚÑEZ RUIZ, D. *Mentalidad positiva en España, desarrollo y crisis*. Madrid (1975). Editorial Tucur, p. 11.

(2) KUHN, S. *La estructura de las Revoluciones Científicas* (1977), trad. A. Contin. 2.ª, reimp. española. Fondo de Cultura Económica. Madrid.

lidad del individuo y a su comportamiento. No fue un caso aislado, sino un ejemplo entre muchos, una figura tipo.

Era preciso elevarse por encima de la confusión del momento, asumir la totalidad del proceso histórico, comprender la dimensión presente que resulta desconcertante, a través de una serie evolutiva e imaginar las leyes que regulan esta evolución (3).

Esto crea en quien se ha construido tal mentalidad, una actitud que nos atrevemos a calificar de historicista, considerando la historia generadora de realidad.

Si el científico (asistente a un cambio incesante en las teorías que se consideran válidas) prescinde de estas consideraciones se pone en el inminente peligro de caer en un estado de escepticismo.

Es significativo que Carracido al escribir su novela «La Muceta Roja» escrita para presentar el ejemplo de un hombre fracasado por utilizar una posición falsa ante la ciencia, pusiese en boca del protagonista la siguiente oda:

«¿De qué sirve al avaro pensamiento
luchando sin reposo por la ciencia
atesorar sediento
del estudio los frutos más preciados
si la Historia, con voces del elocuencia
proclama sin cesar, de siglo en siglo,
como única verdad de la experiencia,
que al compás de los tiempos se derrumban
los supuestos eternos ideales
arrollados por otros que disputan
ocupar los antiguos pedestales?» (4).

Nuestro autor va a tratar de asirse a lo que considera tabla de salvación: el propio y personal contacto con la realidad que hace considerar la ciencia, siempre constituyente, nunca constituida.

Pero tal tabla de salvación va a permanecer, en cuanto a experimentación de laboratorio se refiere, inaccesible para Carracido.

(3) EUCKEN, R. (1960). *Los grandes pensadores. Los premios Nobel de Literatura*, vol. VIII. Barcelona. Plaza y Janés, p. 480 y ss.

Este autor, premio Nobel, de Literatura 1908 y profesor de Historia de la Filosofía de la Universidad de Jena, consideraba la actualidad como punto culminante y síntesis de todo a través de la contradicción de movimientos progresivos. Creemos que coincide con la de su contemporáneo Carracido.

(4) RODRÍGUEZ CARRACIDO, J. *La Muceta Roja* (1890). Madrid, imp. Fortanet, p. 172.

Esta novela declara haberla escrito como complemento a lo ya dicho en su discurso «Estado Actual de la Enseñanza de las Ciencias Experimentales en España» pronunciado en la inauguración del curso 1887-88, en la Universidad Central. (Véase RODRÍGUEZ CARRACIDO *Confesiones* in Rev. Farmacia Nueva, año XXXIII, p. 303).

Ni en su época de estudiante universitario, ni en el Laboratorio Central (donde como farmacéutico militar le correspondió trabajar) ni después en las cátedras de Química Orgánica y Biológica, de las que va a ser titular sucesivamente, va a encontrar más que vacío. Hará falta que transcurra bastante tiempo para que comience a hacer realidad su ansia de experimentación, aún con grandes dificultades y limitaciones (5).

Y ¿mientras?

La necesidad crea el órgano. Carracido enrolado en las filas ateneístas se va a pronunciar por el positivismo de Spencer (6) tratando por todos los medios de hacer allí un lugar a la investigación química y como de rechazo se va a encontrar con un material de observación insospechado: Los hechos históricos.

Influido por la corriente reformista que intenta la renovación pedagógica de España para reconstruir la ciencia patria, Carracido participa en la empresa común de buscar el espíritu nacional (7) y es en esta tarea donde pasa a tener contacto con la realidad histórica que se presenta fragmentada e inconexa, siendo preciso, una vez allegados los materiales, montar unas determinadas estructuras para reconstruir el pasado, y luego no parar en el relato, sino explicar los porqués.

Es así como un experimentador, frustrado en el campo de la ciencia natural va a derivar en observador de los hechos pasados no sólo para narrarlos, sino para tratar de explicarlos. No es la suya una historia-narración sino una historia-problema.

Para efectuar un repaso, lo más sintético posible de la producción de Rodríguez Carracido que nos pueda servir para determinar su posición ante la Historia nos vamos a valer como guión de sus memorias, obra que comienza a escribir alrededor de 1927, una vez jubilado y que titula «Confesiones» y que subtítulo «Lo que hice, lo que debí hacer y por qué no lo hice» (8).

(5) RODRÍGUEZ CARRACIDO in *ibidem*, p. 239 asegura que cuando le destinan al Laboratorio Central de Medicamentos, éste no tiene edificio.. En *ibidem*, p. 302 que al tomar posesión de su cátedra de Química Orgánica, comprueba que carecía de laboratorio. En *ibidem*, 496 escribe que cuando comienza su labor como catedrático de Química Biológica en marzo de 1898 se reducía su ajuar: «a los bancos para los oyentes y la silla para el parlante».

(6) RODRÍGUEZ CARRACIDO, J. in *ibidem*, p. 240, en el capítulo titulado: «Mis primeros cinco años de ateneísta» explica con todo detalle el debate que allí surgió en 1876 entre krausismo, escolasticismo y positivismo y como se decidió por Spencer, después de la lectura de: «Los primeros principios».

(7) TUÑÓN DE LARA, M. *Medio siglo de cultura Española (1885-1936)*. Madrid (1970). Tecnos. En el capítulo «El krausismo y la Institución libre de enseñanza» describe (p. 45), la 2.ª fase de institucionalismo krausista de 1881 a 1907 como reformista y centrada en la renovación pedagógica basada en una recuperación del espíritu nacional, cosa que habría de ayudar la investigación histórica sobre el pasado español.

(8) El manuscrito de las *Confesiones* ya mencionadas se encuentra en la Biblioteca de la Cátedra de Historia de la Farmacia de la Universidad Complutense. Fueron donación

Al comienzo lleva el índice, compuesto por catorce capítulos proyectados que han quedado reducidos —la muerte del autor fue la causa— a doce y poco más del comienzo del que haría el trece lugar.

El primero lo titula «Intención de mis Confesiones». En él dice: «...Algunos legan su cadáver a una cátedra de Anatomía, como beneficio para el estudio de la Medicina, yo quiero legar a los que sean lectores de este libro, la vivisección de mi alma para aleccionamiento de los que anhelan el mayor efecto útil del trabajo intelectual...».

Aquí ya podemos observar la comparación que está realizando entre el personaje muerto —cadáver— y el recuerdo, su obra, su historia, su devenir, que, como también indica, está fuertemente influida por las circunstancias sociales. Este recuerdo lo llama «Confesiones» porque evidentemente es una especie de declaración de lo realizado, partiendo de un minucioso examen de conciencia, justipreciando cada circunstancia de la manera más objetiva posible, prefiriendo silenciar a falsear. De nuevo creemos poder asegurar que no narra, sino explica y evidentemente *hace* historia, además de su individualidad hace crónica de su tiempo: La Universidad, el Ateneo, el Congreso, el Senado, las Academias, van a ser los escenarios y Cánovas, Augusto González de Linares, Laureano Calderón, Fray Ceferino González, Estanislao Figueras, Echegaray... un conjunto de personajes vivos que discurren con sus ansias de notoriedad, de altruismo, van a irse integrando en un conjunto que es un trozo de vida española reconstruida en el retiro de uno de sus actores con una óptica retrospectiva y analista de quien busca en todo un principio evolutivo y positivista, que considera válido y digno de tener en cuenta para el futuro cualquier hecho pasado, con la sola condición de que quien interroge a lo que fue lo haga de una manera eficaz.

A pesar de este positivismo a veces se muestra más determinista de lo que él mismo confiesa. Al final del primer capítulo dice que su «vida no fue ni buena ni mala, sino lo que tuvo que ser en el proceso histórico de España».

Los dos siguientes capítulos titulados «La Revolución del año 1868» y «Mi formación científica en Santiago» pueden servir para conocer las circunstancias políticas y culturales que le rodearon desde su niñez (nace en 1856 en una familia santiaguesa modesta) hasta que, terminada la licenciatura en Farmacia, se traslada a Madrid para doctorarse. En ellos

del descendiente del autor. Nos había cedido el ejemplar mecanografiado su discípulo OBDULIO FERNÁNDEZ, que nos lo entregó como material de primera mano para el trabajo de tesis sobre Carracido estábamos elaborando. El lapso de tiempo transcurrido impacientó a don Obdulio que decidió publicarlas en Farmacia Nueva en loc. cit. Por ello, no las incluimos ya en la tesis. La cual fue publicada en la sig. ref.: SÁNCHEZ-MOSCO SO HERMIDA, A. *José Rodríguez Carracido in* «Boletín de de la S. E. H. F.». (1970-71). Madrid, años XXI y XXII (páginas 131, 153-177) y (14-36, 54-84 y 107-183) respectivamente.

nos habla de la Revolución que conduce al destronamiento de Isabel II, el 30 de septiembre de 1868, y el estallido de amor por la libertad que esto supuso, quedando reflejado en la actitud de los catedráticos de la Universidad Española (citando el discurso inaugural de este mismo año en que Esteban Quet catedrático de Farmacia de Santiago «glorificaba el triunfo de la libertad», a la vez que en la Universidad Central y en presencia del gobierno en pleno lo hace Fernando de Castro). También en los discursos de Castelar —con motivo de las Cortes Constituyentes de 1869— en que hace apología de todas las libertades y que se agotaban rápidamente en Santiago —«tal era el número de lectores» (9)—.

Esta libertad de que tanto se hablaba en los medios políticos va a ser también muy promovida a nivel filosófico. Carracido recuerda como Sanz del Río, a su regreso de Alemania, inicia el krausismo, fundado en la libre investigación racional, cuyos seguidores van a proponer los reglamentos para oposición a cátedras siendo una de sus condiciones la presentación de programa razonado y una memoria sobre fuentes de conocimiento y métodos de enseñanza, para que se someta a discusión.

No es que Carracido no considere muy conveniente tal actitud, pero se queja del abandono de «lo positivo»: «Era la época —nos dice— de la Filosofía de la Historia y de la Filosofía de la Naturaleza desdeñando el conocimiento de los hechos históricos y de los fenómenos naturales».

Recuerda haber asistido en 1871 (año en que se matricula en Medicina trasladando en noviembre la matrícula a Farmacia ante la «tristeza invencible» que le produjeron las prácticas de disección) a unas oposiciones a la cátedra de Anatomía, en que siendo solamente dos los actuantes duró dos meses la discusión sobre los problemas más trascendentales del saber humano, «pero sin preocuparse del aprendizaje de los métodos de trabajo ni de como hacer pesquisa de los datos de la realidad».

«Quizá, escribe, considerasen que las leyes hacen innecesario el pormenor a no ser para aplicaciones prácticas, pero ¿es que están definitivamente establecidas?».

Esta pregunta que formula al recordar su adolescencia es de una gran significación positiva. Las leyes según esto se formularán a partir de datos, y el conocimiento humano va a ser siempre progresivo. La Ciencia nunca puede pensarse definitivamente establecida, sino como un proceso ilimitado.

Para un positivista la necesidad de trabajo experimental es vital y esto necesita unos medios económicos. Carracido —también en estos capítulos— compara el presupuesto que se destinaba a Instrucción Pública en el último año del reinado de Isabel II: (curso 1868-69) de 5.587.029 y el del último Gobierno de la República, unos años más tarde: (curso

(9) RODRÍGUEZ CARRACIDO, J. *ibidem*, p. 148 y ss.

1874-75) de 5.608.543 pesetas. Compara también con lo sucedido en Japón, país que hizo su revolución cuando España, pero que por enfocar de otra manera la situación e invertir fuertes sumas en la labor experimental y promoviendo un efectivo contacto con el extranjero llegó a tener un alto nivel científico.

Carracido, también en sus «Confesiones» da datos concretos de las publicaciones más y menos leídas en España en esta época, resultando que libros como «Elementos de Fisiología de Herman», publicado en 1871 no tuvo lectores, las revistas científicas extranjeras no aumentaron el número de suscriptores, los libros de Física y Química eran pocos y anticuados.

De todo esto se va a volver a lamentar con motivo de la fundación de la Sociedad Ecpañola de Historia Natural —también en 1871— contrastándola con la época de los Anales en 1799, en que Carlos IV estimulaba a los científicos más positivamente.

José Rodríguez Carracido amante de la libertad de pensamiento no concibe que ésta pueda servir de mucho sin algo concreto sobre lo que utilizar el razonamiento. Los datos tomados de un continuo trato con la realidad (10).

De la impresión al leer sus Memorias de ser un profundo inconformista no satisfecho en absoluto con la Universidad que se perfilaba, progresista, liberal, krausista en fin, aunque el contacto que tuviese con uno de sus propagandistas en España: Augusto González de Linares (11) le impresionara tan vivamente.

Va a ser el sistema spenceriano el que le entusiasme.

Cuenta en el capítulo titulado «Mis primeros cinco años de ateneista» que:

«En noviembre de 1874 llegaron a una librería de Santiago ejemplares del discurso innagural de las cátedras del Ateneo, leídas por su presidente, Cánovas del Castillo sobre el tema La Libertad y el Progreso y como antecedente para la refutación del determinismo expone los conceptos fundamentales de la doctrina de H. Spencer, y estos me impresionaron tan íntensamente que, sin preocuparme la versatilidad, *me reconocí su adepto*».

En el año 1876 surgió en la Tribuna del Ateneo el Positivismo luchando con el escolaticismo y el krausismo, únicas disciplinas filosóficas entonces en circulación, y yo *teniendo presente la lectura del discurso de Cánovas*, me enfraqué en la obra fundamental

(10) RODRÍGUEZ CARRACIDO, J. *ibidem*, p. 300 dice al discutir la tesis de Zola sobre la novela experimental que: «los dichos y hechos —cualquiera que sea su procedencia y naturaleza son realidades ineludibles».

(11) RODRÍGUEZ CARRACIDO, J. *ibidem*, p. 152.

de Spencer. «Los primeros principios», y cada vez más sugestionado por sus ideas y reafirmado en ellas por los beneficios de su aplicación a la metodología científica me inscribí como luchador en la palestra, dispuesto a la defensa de las normas mentales que yo conceptuaba más adecuadas a la realidad».

Esta influencia, que recibe a edad temprana (diecisiete años), por primera vez, va a quedar patente en el discurso que pronunciara a esa edad con motivo de la fundación de la Academia Escolar de Farmacia en Santiago de Compostela que versa sobre el tema: *Reseña histórica de las Ciencias Naturales y de la Farmacia como una de ellas: Relaciones que guarda con las demás ciencias* (12) en el cual a pesar de no nombrar a H. Spencer no se puede mostrar más spenceriano:

Transcribimos un párrafo sumamente representativo:

«Todo vive en la Naturaleza y a una sola ley de vida obedecen tanto los innumerables soles... como el microscópico animalillo... se presenta un todo homogéneo... después en ese todo indistinto se determinan las partes... y, por último, se armonizan todo y parte conservando, sin embargo, su sustantividad cada uno de estos términos. Esta ley alcanza también a *la sociedad* en su desarrollo y a *la razón* en sus concepciones. Cualquier civilización ha pasado en su evolución por las tres fases indicadas. Vamos, pues, a examinar brevemente los tres períodos que presentan en su desarrollo las ciencias objeto de nuestra consideración».

Dejemos aquí la transcripción y remitamos al discurso a quien esté interesado en conocer la forma en que Carracido concebía a sus diecisiete años todo este complejo asunto.

Lo fundamental para nuestro objeto es que elija este tema histórico y que lo haga creyéndose portavoz de la mayoría de sus representados o sea, de los estudiantes de Farmacia (... «fiel intérprete de vuestros sentimientos»).

Nuestra interpretación del asunto es la siguiente:

1) Carracido ya estaba impresionado por las ideas positivistas spencerianas y pensaba que las mismas leyes eran válidas para los mundos material y social, creía también que las observaciones parciales de hechos sirven para elevarse de lo particular a un plano de más amplia generalización, a este plano no se puede llegar, sino partiendo de hechos concretos.

(12) RODRÍGUEZ CARRACIDO, J. *La alegación del estudiante y el testamento profesional* (1921). Santiago Rev de Farmacia.

2) En este proceso cognoscitivo se siguen las mismas reglas, que los procesos culturales han seguido, que a su vez siguen las mismas normas que los físico-químicos.

Cuando una doctrina filosófica «prende» realmente, diríase que conforma la integridad de la persona. Así Carracido considera asunto de vital interés experimentar, cultivar una ciencia natural, pero considera también importante y necesario no sentirse aislado formar parte de un grupo, pues como ser individual no tendría sentido su trabajo.

A este respecto se lee al comienzo del discurso:

«El hombre a pesar de su inteligencia creadora... fantasía y... facultades que le colocan a la cabeza de los demás seres, es inferior a ellos si se aísla mas cuando se asocia y asimila a sus conocimientos propios los de sus anteceseores y coetáneos entonces sus facultades se desarrollan...».

El grupo a que cree pertenecer —universitario farmacéutico— debe buscar su razón de ser, meditar cual es su cometido y cual fue a través de los tiempos (la humanidad es un hombre que está aprendiendo constantemente», dice Carracido citando a Pascal, en otro lugar del discurso).

Al acabar vuelve a prevenir contra el esfuerzo que esta lucha por la ciencia cuesta, acabando con las palabras: «La victoria será mayor cuanto mayor sea la lucha».

¿De qué lucha habla?

Una lectura superficial nos llevaría a interpretar que se trata de la lucha entre progresistas y moderados tan declarada en esa época.

Una lectura atenta nos indica exactamente de que se trata, basta retroceder a uno de los primeros párrafos en que dice:

«... ¡Cuántas vidas para adquirir o asegurar una idea ante el vulgo o los científicos que todo lo quieren *ajustar a la medida* de sus conocimientos!»...

Habla de la lucha de la Ciencia progresiva y cambiante y la Ciencia estancada y dogmática. Esto es, entre la Ciencia Normal y el establecimiento de nuevos paradigmas.

Cuando Kuhn explica en «Un papel para la historia» (13) que ésta sirve para obtener una imagen más auténtica de la Ciencia, pues a través de los textos que circulan para los universitarios se obtiene una imagen deformada (pues, es precisa, pedagógicamente hablando, que en ellos la ciencia se muestre persuasiva) está diciendo lo que a Carracido y a

(13) KUHN, Th. S. *ibídem*, p. 20 y ss.

cualquier científico en una época fundamentalmente revolucionaria, científicamente hablando, le va a suceder: Desea sentir la ciencia bajo una óptica historicista, y desea sentirse como individuo científico, miembro de una comunidad con unas raíces históricas y un ámbito determinado sino teme no llegar a nada.

Nos atrevemos a asegurar que su actitud era compartida por muchos intelectuales contemporáneos. Es la época en que surgen las Historias de la Ciencia, la Sociología, la Psicología.

La época de las luces en que la verdad parecía haberse encontrado de una manera supratemporal ha dado paso a una situación de ésta dentro del plano historicista.

Como consecuencia lógica nacen —hacia mediados del XIX— asignaturas que se llaman: Historia de las Ciencias Médicas, Historia Crítica de la Farmacia, etcétera.

Como consecuencia lógica también, las obras científicas, en su mayoría, van a tratar de dar una perspectiva histórica del asunto que luego abordan. Pero como consecuencia humana, estas asignaturas, con unos límites no muy claros, un contenido nada preciso, pueden transformarse en pintorescas disciplinas dependientes del talento de su titular. Y tal debió ser el caso concreto de la asignatura que Carracido cursase al venir a doctorarse en Madrid en Farmacia y donde asegura (en este diario a que nos referimos) (14) que «no se daba enseñanza, sino un espectáculo lastimoso de indisciplina».

Creemos digno de señalar que Carracido en sus «Confesiones» no alude a este su primer discurso, ni al tema histórico que en él presenta.

La primera vez que alude a esta faceta de su actividad es el capítulo que titula «Iberoamericanismo», donde se declara partidario del acercamiento a Portugal e Hispanoamérica.

«Me hice americanista, "dice", leyendo a los historiadores de Indias».

Empezó a interesarse por estos temas con motivo del centenario del descubrimiento de América, en 1892, publicando en «La Ilustración Española y Americana» un artículo: «Alejandro Humboldt y la Ciencia Hispanoamericana», otro sobre «Alvaro Alonso Barba» en la Revista «El Centenario» editada para conmemorar el descubrimiento y pronunciando en el Ateneo un discurso titulado «Los Metalúrgicos Españoles en América».

Todos ellos aparecen editados en «Estudios Histórico-Críticos de la Ciencia Española», libro muy conocido y citado, particularmente la segunda edición (1.ª ed. 1897; 2.ª ed. 1917, bastante ampliada).

Aparte del contenido que estos trabajos puedan tener en cuanto a revelarnos su personal método de enfrentarse con la historia y relatarla

(14) RODRÍGUEZ CARRACIDO, J. *Confesiones*, *ibídem*, p. 237.

está bien claro que la finalidad al elegirlos es la que Tuñón señala como típica del intelectual krausista de la época (15).

En 1893 imprime «Jovellanos» que califica de ensayo histórico-político, presentando al protagonista como prototipo del político honrado y fracasado por tal característica.

En 1895 toma parte en un concurso convocado por la Real Academia Española cuyo tema era «Biografía y estudio crítico de cualquier escritor castellano de reconocida autoridad literaria y lingüística cuyo nacimiento haya sido anterior al siglo presente» eligiendo al P. Acosta presentándose con un trabajo que tituló: «El P. José Acosta y su importancia en la literatura científica española» para cuya realización tuvo que realizar una investigación documental bastante amplia (16).

La Real Academia le premia y publica a sus expensas la obra en 1899.

En cuanto al contenido de su: «Estudios Histórico-críticos de la Ciencia Española» —dedicado a Cánovas— aunque exprese en algún caso su opinión contraria a dicho autor (en «La Protohistoria en la Academia de la Historia» se muestra partidario de incluir en el campo de la misma todo cuanto se refiere al hombre por primitivo que éste fuese) a diferencia de la opinión de Cánovas. No podemos extendernos en su descripción sólo seleccionaremos unos retazos que nos parecen «muestra significativa».

En las dos ediciones va incluido como primer trabajo el titulado «La Nacionalidad en la Ciencia» en que se muestra defensor de la tesis que dice haber recogido «del sabio profesor Duhem» de que la Ciencia no es independiente de la comunidad científica que la cultiva. El artículo de Duhem titulado «La Escuela Inglesa y las teorías Físicas» y publicado en la «Revista de las Cuestiones Científicas» explica que los sabios ingleses en el desarrollo de sus sistemas científicos no proceden encadenando deducciones, sino imaginando un *modelo* en el cual a modo de artificio mecánico se articulan los datos de la experiencia y las hipótesis. Rodríguez Carracido extiende tal concepto a lo que sucede en otros países explicando analogías y diferencias entre ellos, pero subrayando el hecho de que la Ciencia no es internacional, sino con características que la propia comunidad donde se practique le presta.

Otro de los puntos interesantes a destacar es la relación que encuentra en las diversas manifestaciones de la historia: «Cuando los pueblos en su desarrollo histórico alcanzan puesto preminente muéstranse grandes en todas las manifestaciones de la actividad humana, los capitanes invencibles y los políticos sagaces siempre van acompañados de sabios y artistas que preparan y completan su obra» (véase «Alvaro Alonso

(15) TUÑÓN DE LARA, M. *op. cit.*, p. 46 y 54.

(16) RODRÍGUEZ CARRACIO, J. *El padre José Acosta y su importancia en la literatura científica española*. 1899 Madrid, suc. de Rivadeneira.

Barba» o «Los «Metalúrgicos españoles en América», por no poner más ejemplos).

Aparte de los temas americanistas ya mencionados tiene una marcada preferencia por los de nuestra ciencia del siglo XVIII: Proust, Los Anales de Ciencias Naturales de 1799, etc., siempre de manera comparativa con fechas anteriores y posteriores, conceptuándolos términos de una serie histórica, cuya significación no se puede encontrar en la descripción de cada término, sino en la formulación que permita establecer la dinámica en virtud de la cual se produce la serie.

Esta dimensión genética del hecho histórico está particularmente patente en «La Doctrina Española del Ingenio» en donde compara tres autores que tratan tres temas parecidos en tres siglos distintos.

No nos podemos extender más. Creemos que una cosa está bien clara: la actitud spenceriana con que Rodríguez Carracido mira la historia. El carácter de historia problema más que de historia narración que le imprime.

Creemos también que en esta revisión de su faceta histórico-crítica se ha planteado una incognita ¿cómo fue que su profunda vocación histórica no cristalizó en su actividad como profesor universitario, habida cuenta que la segunda cátedra que desempeñó y a la que accedió no por nombramiento, sino por nueva oposición se llamaba «Química Biológica e Historia Crítica de la Farmacia»? (17).

(17) Sobre este tema preparamos un trabajo en la actualidad.